

Aurora de Albornoz, la escritura de la memoria reflexionada

Albert Torés García

Me ocupo de Aurora de Albornoz en este monográfico de *Sur. Revista de Literatura*, como escritora nacida en 1926. Sin duda, toda selección implica una renuncia. Más de un lector y más de una lectora podrían objetarme que la historia de nuestra literatura reserva plazas de honor a otras muchas escritoras. Una circunstancia que se repetirá en cada década, como se irá viendo en este número de revista.



Nuestro monográfico se inicia con las autoras nacidas en la década de los años veinte. Llevarían mucha razón esas lectoras y lectores, y yo añadiría que por fortuna. Escritoras como Josefina Aldecoa, Ana María Matute, Julia Uceda, Elena Quiroga, Concha Alós, Carmen Martín Gaité son una muestra evidente de la riqueza literaria existente. Sin embargo, lo afirmaremos desde un principio para posicionarnos claramente en el eje de coordenadas de la literatura. Aurora de Albornoz es una autora tan singular como indispensable que mostró además un doble compromiso con la vida y con la palabra en diversas facetas: el ensayo, la docencia, la investigación, la narrativa y cómo no la poesía. Se inicia en el terreno poético con el poemario *Brazo de Niebla* de 1955 en una primera edición en Puerto Rico que se verá ampliada en 1957 en Santander, aunque no será la primera fuente que nos lleve a un imaginado por no decir, mal transmitido “Brazo de nieve”. En 1959 publica *Prosas de París* y en 1961 *Poemas para alcanzar un segundo*. Se edita en 1963 *Por la primavera blanca* y también de este mismo año *Fabulaciones*. En 1974, *En busca de esos niños en hilera*.

De 1975, *Palabras desatadas*. En 1983, *Palabras reunidas* y de 1990 *Canciones de Guiomar* entre otros. Parece oportuno, establecer ciertos paralelismos entre sus inquietudes destacando sus estudios *Hacia la realidad creada* sobre Juan Rejano, Alfonso Sastre, César Vallejo, Rafael Alberti, León Felipe, Gabriel García Márquez, Pablo Neruda, José Hierro y con especial atención Miguel de Unamuno, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Libros como *En el otro costado* o bien *Nueva antología de Juan Ramón Jiménez*, *Poesía de la España Peregrina. Crónica incompleta* en el volumen IV de Taurus “El exilio Español”, o *La presencia de Miguel Unamuno en Antonio Machado* que será por cierto su tesis doctoral.

Con todo, sus años iniciales transcurren en Puerto Rico, pues como miles de familias tras la Guerra Civil. Allí cursó filología bajo la tutela del propio Juan Ramón Jiménez al que le dedica estudios de primera magnitud. Tras Puerto Rico, se instala en París y finalmente regresará a España en 1970, trabajando en la RAE con Rafael Lapesa que, será su director de tesis. La enseñanza de la literatura, de literatura hispanoamericano en gran medida, es a todas luces un elemento vertebrador de su obra escritural, pues Aurora de Albornoz consideraba que no era sino un complemento al oficio de escritora. En cualquier caso, el libro de referencia que nos ocupa es *Cronolíticas*

publicado en la Editorial Devenir, dirigida por Juan Pastor, Madrid, 1991. Libro que tomo como objeto de estudios porque cuando le sorprende la muerte estaba trabajando en ello y por el honor que me supone seguirla como compañero de colección en la Editorial Devenir. En efecto, *Cronilíricas* de Aurora de Albornoz aparece con el número de orden 39 y *La entrega de los vientos*, de un servidor figura con el número 40. Devenir publica estos textos un año después de su fallecimiento, es decir, en 1991 y nos presenta de este modo una obra realmente sorprendente, innovadora y clave.

Podría verse como un libro memorialista, o al menos el género que presenta encierra un marco de reflexión y recreación que es terreno propio para la diversidad y a la vez para la exploración, para la pauta y para la creación.

En alguna ocasión, Sánchez Torre (“La poesía de Aurora de Albornoz”, en *Palabras Reunidas para Aurora de Albornoz*, Universidad de Oviedo, 2007), nos habla de la poesía de Aurora de Albornoz como el de una escritura fronteriza, “una frontera enunciativa”. El propio título es ciertamente indicativo, *Cronilíricas* refuerza esa sensación de diversidad, crónica y líricas o ninguna de las dos cosas, prosa, poesía, escenas, anécdotas, recuerdos, historias. Pero sin duda, es una publicación que ilustra a la perfección su compromiso con la palabra y con la vida. Nos dice que no se trata de un libro sino de un *Collage* hecho a base de retazos de vida. José Ramón Ripoll (“América y la España peregrina”, 2007) con gran acierto nos lo señala: “Toda su poesía surge de la intersección de las coordenadas espacio y tiempo, pero no como el puro axioma convencional desde donde se escribe toda literatura, sino desde la asimilación profunda y total de esos dos conceptos, con toda su carga juanrramoniana. Es decir: espacio como un todo, donde el individuo se topa con la otredad hasta contemplare en el espejo que refleja la realidad absoluta, solidaria y total; y tiempo como un círculo que gira y retorna, ofreciéndonos en su movimiento la sensación de una eternidad humanidad”. En efecto, ineludiblemente pensamos en esa realidad reinventada de Juan Ramón Jiménez en sus poemas “Espacio” y “Tiempo”.

Según nos anuncia la propia autora en una “Nota” tras el magistral prólogo de José Manuel Caballero Bonald, “esto no es un libro: es un *collage* de retazos de vidas. Vida de quién aquí los reúne y retazos de vidas de otros...El *collage* se fue organizando a través del tiempo: por eso aquí se sigue un orden: el del nacimiento de los textos”.

Un poeta descomunal y universal como Walt Whitman nos apunta esta idea : “*Camarada esto no es un libro/ , el que toca, toca a un hombre/ ¿es de noche? ¿estamos solos los dos?/ me tienes a mí y yo te tengo, me sujetas y te sujeto/ salto desde los pájaros a tus brazos, la muerte me llama*”.

Desde luego, la génesis obedece a factores bien distintos. Desde luego, la génesis obedece a factores bien distintos. Un homenaje en alguna ocasión, un acontecimiento histórico en otra, una reflexión literaria, un encargo, en todo caso, esa perspectiva compartida de partes que conforman un todo, de fragmentos que componen un conjunto, “un tejer cabos sueltos” y con ello relacionar palabras y conceptos para ofrecernos un espacio preciso y sugerente y con ello nos revela finalmente una escritura libre, elegante donde las palabras se registran con una carga histórica y un poder simbólico que definitivamente nos propone la escritura de Aurora de Albornoz como incontestable en nuestra literatura.

Entre la imaginación y la realidad, lo vivido y lo reconstruido, en ese espacio fronterizo donde memoria y olvido se tienden la mano para garantizar el sentido, la emoción, se encuadra este último libro de una escritora de primer orden, probablemente descartada en un país donde la envidia compite con la cultura de pompas fúnebres inmediata, pesando que contara en la familia con un Ministro de Justicia en la Segunda República y Presidente del gobierno Republicano en el exilio en París, con un Premio Nobel de Medicina. Sin embargo, entiendo que la razón de este olvido imperdonable radica en su condición de mujer, de mujer republicana, de mujer republicana exiliada.

Por consiguiente, no ha de extrañar que la experiencia de la tragedia en la Guerra Civil y el exilio después, sean parte primordial y eje constructivo de toda su obra poética, y yo diría que también de su obra crítica.

De ahí pues que la poesía como fórmula de conocimiento, testimonio colectivo y muestrario personal sea el modo de reivindicar la historia y con ello reconstruir ese Tiempo / Espacio del nos hablaba José Ramón Ripoll. En este sentido quiero transcribir lo que José Ramón Ripoll, escritor, poeta, periodista y director de revistas tan primordiales como *Fin de siglo* y sobre todo discípulo de Aurora de Albornoz, apuntaba en un ciclo organizado por la colección Devenir bajo el título “La voz. El compromiso de la palabra” en 2005 y posteriormente con motivo de la edición del libro *El Juan Ramón de Aurora de Albornoz*, de Fanny Rubio -otra referencia ineludible- en el círculo de Bellas Artes en 2008:

“Una mujer, con un futuro académico ya bien asegurado y una posición como intelectual solvente entre los circuitos de la lengua española en Iberoamérica, podría haberse quedado en Puerto Rico, en cuya universidad se desempeñaba como catedrática, pero en 1968 regresó a Madrid definitivamente con una idea clara que había ido perfilando a través de sus lecturas críticas, y conforme pasaba el tiempo fue adquiriendo un sólido compromiso con su propia palabra. Begoña Cambor encontró entre sus carpetas una anotación de la época que decía: «España: 1968 (regreso) (¿por qué?) Resistencia antifranquista». Instalada en un apartamento de la calle México, Aurora se convirtió poco a poco en un referente intelectual en la lucha contra la dictadura. Su pequeña sala daba cobijo a los más diversos personajes que hicieron posible la transición democrática española, así como a muchos los escritores y artistas que de toda América y Europa pasaban por nuestro país rastreando la huella de un hispanismo progresista al que Aurora de Albornoz dio vida en su incesante tarea. Elegante, con su larga boquilla manchada de lápiz de labios lograba siempre dirigir la orquesta de sus contertulios, en una pose equidistante entre Rita Hayworth y Rosa de Luxemburgo. Esa salita fue también su santuario. Allí se gestaron obras, ensayos, artículos, poemas, ediciones que fueron esclarecedoras para entender nuestra contemporaneidad, siempre desde el rigor de su análisis, pero teniendo presente su destino final, que no era otro que la continua regeneración cultural española e iberoamericana.”.

El compromiso con el momento histórico está fuera de toda duda pero no hay una negación del individualismo y en cierta medida ese grupo de escritores y escritoras en el exilio generan muchos de los principios que fundamentan el Humanismo Solidario. Sólo por señalar un aspecto determinante, el manifiesto de Humanismo

Solidario recoge una circunstancia básica como hundir sus raíces en la igualdad, la solidaridad, la esperanza y la fraternidad entre los pueblos; en el contexto de un marco social y democrático que garantice los derechos y obligaciones del individuo con la sociedad, y de la sociedad con los individuos, recabando un horizonte en que la nacionalidad o cualquier identidad ingénita no aporta ni merma atributos, sino que es un mero accidente del *ser* y, prácticamente se articulan sus puntos en torno a la esperanza. Aurora de Albornoz lo registra con patente de historia : “Te decía que mi recuerdo te une siempre a los primeros momentos de la Esperanza. Esperanza con mayúscula total”.

Más aún, como nos indica Begoña Cambolor Pandiella en un magnífico estudio titulado “*Cronilíricas*, de Aurora de Albornoz, en el contexto del memorialismo femenino del exilio, Uned, 2010): “Cabe añadir que el testimonio de los memorialistas no queda dibujado exclusivamente por la experiencia del exilio, sino que forma parte de una reconstrucción global de las vivencias de toda una generación. Así, sus proyectos autobiográficos van más allá, al ofrecernos una imagen nítida de cómo discurrió la educación de la mujer en las primeras décadas del siglo XX y cómo, muchas de ellas, fueron paulatinamente teniendo acceso a áreas de la vida pública hasta entonces exclusivas del hombre”. Pero si atendemos a la poesía lo escribe con tanta belleza como fuerza la propia autora : “ *Lo dice, repite y repite una voz, garganta, entrañas de mujer que dulcemente se desgranán en sílabas, dulces palabras de mujer que dicen, gustan y regustan que por siempre llevarás sabor a mí. ...Tus labios llevarán sabor a mí. Y la memoria va desparezándose, desenredando ovillos, dorados o azules o cordialmente grana, ovillos de palabras ondulantes de suave caminar hasta allí (donde aún no estaba Guiomar) y allí las palabras. .. Y quien vive de crear ilusiones no morirá jamás de desengaños*”, del poema “ Lo dice, repite y repite una voz”.

Esa idea de circularidad, de palabra meditada y repetida tiene presencia en *Cronilíricas*, donde esos retazos conforman un continuo discurrir en el que nada se elimina, antes bien al contrario, cualquier detalle por insignificante que parezca es contenido firme de conciencia, entereza de la existencia y palabra materializada en una voluntad universalizadora y circular que se ancla en una conformación espacio-temporal, donde el espacio es a juicio de Aurora de Albornoz, el triunfo del “pensar poético de su creador: este interrumpido monólogo de la conciencia es un fluir del instinto interpretado -comprendido- por la inteligencia” y el tiempo el movimiento completado por imágenes, recuerdos, reflexiones, polisemias, metapoéticas, imágenes, citas y hasta olvidos. En buena lógica, esta disposición inicial exigirá una narración en primera persona de “lo vivido” y “lo porvivir”, pues al fin y al cabo “*Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo*”, lo grande y lo pequeño de la cotidianidad, la mínima parte y el todo absoluto, con cierto entramado musical, signo inequívoco de su sincero homenaje al maestro Juan Ramón Jiménez. De hecho, Aurora de Albornoz inicia su libro con un “Todavía profundamente triste, hilvano estas líneas que José Luis Cano espera de mí: una promesa que, movida por la emoción del momento, le hice, camino del Cementerio Civil, cuando íbamos a acompañar del cuerpo sin vida del hombre que un día quiso contar la historia de su vida para los otros hombres; del que quiso romper todos sus versos; de aquel que un día tomó una decisión definitiva: “Definitivamente, cantaré para el hombre.” Pero completando el círculo se cierra el libro con cierto anuncio profético: “Se nos siguieron muriendo cosas y seres, Carmen, y aunque tenemos paz y libertad, aquí estoy, ya ves, juntando palabras que sueñan lo que perdimos. Estoy

desde el comienzo de una nueva década sintiendo que qué poco me queda por hacer, soñar, aunque me quede este recurso inútil de juntar palabras y seguir, seguir ¿hasta dónde?, en busca de una utopía que comienzo, a veces, a situar en el pasado, en algún lugar del pasado, aunque no, porque hay, tiene que haber una salida o una entra o lo que sea, quién sabe dónde, en qué mundo, mundos, que tendremos que seguir buscando mientras estemos en éste, a pesar de todo lo que a nuestro alrededor sigue muriéndonos”.

Mantener la voz vibrante de estas autoras que presentamos, y en el caso que nos ocupa, la inconfundible voz de Aurora de Albornoz es un compromiso que tenemos todos con la palabra.